

La calle  
Diario de un espectador  
El jugador número doce  
por miguel ángel granados chapa

para el miércoles 27 de junio de 2007

El jugador número doce está enojado, entristecido, indignado, perplejo, desolado,, no sólo ante los pobres resultados del equipo mexicano sino por los líos en el interior de la selección, entre Hugo Sánchez y algunos de sus integrantes, y entre el técnico nacional y una parte de la afición dolida y acongojada, o furiosa e insultante.

Para consuelo de algunos, leamos la prosa de Juan Villoro sobre el jugador número doce, en uno de los textos que integran su espléndido volumen titulado *Dios es redondo*, donde uno puede hallar todo sobre el fútbol, bien pensado y bien dicho, con inteligencia y pasión, algo difícil de combinar.

“La mayoría de las veces un estadio de fútbol consta de miles de personas sumamente decepcionadas...Una de las leyendas más afortunadas del fútbol es que el público representa ‘el jugador número doce’. En su biografía de Boca Juniors, Martín Caparrós comenta que la idea se le ocurrió en los años veinte del siglo pasado al cronista Pablo Rojas Paz. Su jefe, Natalio Botana, director de *Crítica*, le pidió que embelleciera el juego. >En aquel tiempo, si alguien no iba al estadio sólo conocía los goles de oídas o por escrito. ‘El fútbol es sobre todo un relato’, escribe Caparrós. Un relato que no acababa de convencer y se encontraba en la fase de lo que quizá no será creído o pasará a la desmemoria.

Rojas Paz tenía soltura de palabra y un jefe con el sonoro nombre de un dictador de isla tropical. ¿Cómo no obedecer a Natalio Botana, que anticipaba un jugoso negocio en las páginas dedicadas al fútbol? Como tantos redactores desesperados, Rojas Paz se autoexcitó para excitar a los demás. Habló del jugador número doce en los tiempos en que las canchas eran llanos sin más testigos que los familiares o los que esperaban junto a la línea de cal para cobrar una cuenta pendiente. Pero la metáfora estaba destinada a volverse cierta y explicar lo que en el futuro significará jugar ‘en casa’.

Sí, el público ha contribuido a decidir marcadores. Pero sigue sin chutar al arco. Por eso su enjundiosa actividad es un péndulo que va de la entrega a la aquiescencia. Ser del Betis ‘manque pierda’ o someterse a la ruinosa ilusión de apreciar el toque antes que el resultado y apoyar al Atlas ‘aunque gane’

Siempre me ha llamado la atención un logro relativo del fútbol, el de ‘campeón de invierno’. Una conquista que no sirve de nada, o que todavía no sirve.

Las ligas del mundo hace una pausa para la Navidad. Allí termina su primera vuelta. Esto se ha perdido en México y otros países donde la codicia ha llevado a los minitorneos que proclaman cada año dos campeones.

En las temporadas largas que debe tener el fútbol, el campeón de invierno es un líder que no ha llegado a la meta. Como no se trata de una conquista franca, ser puntero puede implicar más una presión que un logro. Se espera mucho de ese quipo en cuanto se renueve la justa. Pocas figuras expresan mejor las esperanzas y las inquietudes del fútbol que ese falso palmarés.

En la literatura sólo hay campeones de invierno. La descripción puntual de las jugadas y el computable universo de las estadísticas puede hallarse en el periodismo deportivo. Adentrarse en la pasión por la vía de la crónica obliga a tomar en cuenta los hechos, pero sólo como referencia. El campeón de invierno está allí por méritos concretos, pero aún no es lo que podría ser. Está constituido de futuro y anhelo y mera posibilidad. Un trofeo virtual cuya condición vacía encandila a los jugadores: desear es útil para ellos.

Cada quien a su manera, en cualquier época del año, tiene su campeón de invierno. El hecho menor y circunstancial de que esta ilusión decaiga más tarde ayuda a constatar la fuerza del destino. Dios es redondo pero casi nunca le va al Necaxa”.